

# 1

**N**o quería marcharme de Bali sin ir a verle. No sé por qué, pues yo no estaba enfermo. Es más, siempre he gozado de una excelente salud. Me informé acerca de sus honorarios ya que, a punto de finalizar mis vacaciones, tenía la cartera casi vacía y me daba reparo consultar mi cuenta bancaria desde el extranjero. Quienes le conocían me aconsejaron: «Sólo tienes que darle la voluntad. Se lo puedes dejar en una pequeña hucha que tiene sobre una estantería». Bueno, esto me tranquilizó, aunque me angustiaba un poco la idea de dejar un mísero billetito a alguien que, según contaban, había curado al primer ministro de Japón.

Fue difícil encontrar su casa, perdida en un pueblito a varios kilómetros de Ubud, en el centro de la isla. Desconozco el motivo, pero en este país casi no existen los carteles indicadores. Uno puede leer un mapa cuando tiene puntos de referencia, de lo contrario el mapa resulta tan inútil como un teléfono móvil en una zona sin cobertura. Por

supuesto, siempre me quedaba recurrir a la salida más fácil: preguntar a alguien. Por muy hombre que sea, esto nunca me ha planteado ningún problema. A veces me parece que la mayoría de los tíos tienen la impresión de perder su virilidad si se ven obligados a rebajarse a ello. Por este motivo, prefieren refugiarse en un silencio que viene a significar: «Yo sé llegar», y fingen orientarse hasta que se encuentran completamente perdidos y su mujer les reprocha: «¡Te lo dije! Tendríamos que haber preguntado».

El problema en Bali es que la gente es tan amable que siempre te dicen que sí. En serio. Si le sueltas a una muchacha: «Me parece que eres muy bonita», te contemplará con una bella sonrisa y responderá: «Sí». Cuando preguntas por una dirección, es tal el deseo que tienen de ayudarte que les resulta insoportable admitir que no pueden hacerlo. Entonces, señalan en una dirección, elegida sin duda al azar.

Por este motivo, estaba un poco molesto cuando por fin llegué ante la puerta del jardín.

No sé por qué, me había imaginado una lujosa mansión, como las que se ven a menudo en Bali, con estanques cubiertos de flores de loto a la acogedora sombra de los frangipanes que exhiben sus enormes flores blancas cuyo perfume es tan

embriagador que resulta casi impúdico. En lugar de una mansión, me encontraba ante una sucesión de *campanes*, una especie de casetas sin paredes comunicadas entre sí. Al igual que el jardín, eran de una gran simplicidad, bastante sobrias, pero no por ello daban sensación de pobreza.

Una joven vino a recibirme, envuelta en su *sarong*, el cabello negro recogido en un moño, la tez tostada, una naricita regular y los ojos sin rasgar, un detalle que siempre me ha sorprendido de esta población oculta en el corazón de Asia.

–Buenos días, ¿qué desea? –me preguntó, expresándose de entrada en un inglés bastante rudimentario. Supongo que mi metro ochenta y mi pelo rubio no dejan lugar a dudas sobre mis orígenes occidentales.

–Quiero ver al señor... esto... al maestro... Samtyang.

–Ahora viene –me informó antes de desaparecer entre los arbustos y la sucesión de pequeñas columnas que sostenían los techos de los *campanes*.

Me quedé un poco con cara de tonto, de pie, esperando a que «su excelencia» se dignara venir a recibir a un humilde visitante como yo. Al cabo de cinco minutos, que se me hicieron lo suficientemente largos como para empezar a preguntarme

sobre la pertinencia de mi presencia en ese lugar, vi acercarse a un hombre de, por lo menos, setenta años, puede incluso que ochenta. Lo primero que me vino a la mente fue que, si le hubiera visto con la mano extendida en la calle, le habría dado cincuenta rupias. Por norma general, sólo les doy limosna a los ancianos. Me parece que si a sus años están mendigando es porque realmente no les queda otra opción. El hombre que avanzaba con lentitud hacia mí no vestía harapos, es cierto, pero su vestimenta era de una sobriedad conmovedora, minimalista e intemporal.

Me avergüenza reconocer que mi primera reacción fue pensar que me había equivocado de persona. Éste no podía ser el curandero cuya reputación se extendía más allá de los mares. A no ser que su don fuera parejo a su falta de discernimiento y que aceptara cobrar al primer ministro de Japón en cacahuetes. También puede que se tratara de un genio del marketing, y fuera consciente de que se dirigía a una clientela de occidentales crédulos, ávidos de estereotipos, como el del curandero que lleva una vida de asceta, con total desapego por las cosas materiales, pero que al final de cada sesión acepta una generosa contribución.

Me saludó y me dio la bienvenida con sencillez, expresándose con mucha dulzura en un buen

inglés. La luminosidad de su mirada contrastaba con las arrugas de su piel curtida. Tenía una deformación en su oreja derecha, como si el lóbulo hubiera sido parcialmente seccionado.

Me invitó a seguirle al interior del primer *campan*: un techo sostenido por cuatro pequeñas columnas, adosado a una antigua pared a lo largo de la cual estaba la famosa estantería. En el suelo, una esterilla y un cofre de madera de alcanforero. Éste, que estaba abierto, rebosaba de documentos, entre los cuales había unas planchas que representaban el interior del cuerpo humano. En otro contexto, me hubiera muerto de risa de lo alejadas que estaban esas representaciones de los conocimientos médicos actuales.

Me descalcé antes de entrar, como exigen las tradiciones balinesas. El anciano me preguntó de qué sufría, lo que me devolvió de golpe a la razón de mi presencia allí. Qué buscaba, mejor dicho, puesto que no estaba enfermo. Le iba a hacer perder el tiempo a un hombre cuya honestidad, por no decir integridad, comenzaba a percibir, aunque todavía no tenía ninguna prueba de su competencia. Simplemente, tenía ganas de que alguien estudiara mi caso, se interesara por mí, me hablara de «MÍ» y, quién sabe, quizá descubriera que había un medio para que las cosas me fueran

todavía mejor. También puede ser que estuviera obedeciendo a una especie de intuición... A fin de cuentas, me habían dicho que se trataba de un hombre extraordinario, y simplemente tenía ganas de conocerle.

–Vengo a hacerme un chequeo –le confesé, sonrojándome al pensar que no estaba pasando la revisión médica anual de la empresa y que esta solicitud quedaba fuera de lugar.

–Tumbese aquí –me dijo, señalando la esterilla y sin manifestar ninguna reacción ante la futilidad de mi petición.